

¿QUIÉN ES MARÍA?

(II y final)

Dichosa

Siendo María la “llena de gracia”, portadora del Verbo, no cabe en ella el menor rastro de tristeza o melancolía; a donde va ella y donde ella está reina la paz y la dicha. La fuente de esta alegría no es otra sino Jesús, concebido en su vientre.

Al derrotar al pecado, Jesús corta la raíz del miedo, de la angustia y de la tristeza, que son la esclavitud más humillante de la tierra: el triunfo de Satanás. Santo Tomás Moro nos reafirma en la idea: “la tristeza es el gozo del demonio”.

El estar llena de gracia convierte a María en la plenamente dichosa para compartir con todos los hombres esta dicha.

Ella no quiere vernos tristes; no es posible ver a María aún en sus penas y sufrimientos y no acabar llenos de la paz alegre que solamente ella puede dar.

La palabra de Dios en numerosos textos nos exhorta a estar siempre contentos aunque en un ambiente lleno de dolores (Fil. 4,4).

El carácter del cristiano exige ser alegres, pues el Espíritu Santo trae consigo el don de la alegría. También la fe nos ilumina al hacernos ver el sentido de lo que nos acontece (Rom 8,28). Ocuparse en los problemas de los demás y no solo en los personales, como María, es el remedio para derrotar a la tristeza.

Dios premia a las almas generosas proporcionándoles una honda alegría.

Ésta es la experiencia de María. Su generosidad fue premiada por Dios dándole una alegría inagotable. Con razón es llamada en la letanía del Rosario “Causa de nuestra alegría”.

Madre de Dios

Llamada así desde el Concilio de Éfeso, en el año 431, este título manifiesta el privilegio único de María.

El que María sea llamada Madre de Dios significa que María engendró realmente a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, para convertirse, al mismo tiempo, en templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.

Es difícil para la inteligencia aceptar el que María esté inserta y lleve dentro de sí el mismo misterio de Dios, pero es una verdad. Si aceptamos la divinidad de Cristo estamos obligados a aceptar que María es realmente la Madre de Dios.

El término también expresa el profundo afecto, admiración y amor por la madre de Jesús, que es nuestro salvador. A tiempo que reconocemos el anonadamiento de Cristo (Fil 2,7) exaltamos la dignidad de la madre.

La grandeza de María, está en su admirable unión con Cristo, quien le concede toda gracia, esplendor, belleza y majestad. San Anselmo, un gran devoto de María, decía:

“Mientras no se diga que es Dios, podemos decir de ella cualquier cosa y siempre nos quedaremos cortos”. Colmada de la abundancia de los dones, por encima de los ángeles y los santos, es superior a ellos en belleza y hermosura.

